

circundaba; la agua que salta en una fuente, conducida allí á costa de grandes fatigas y gastos, ha dado vida á la naturaleza, hasta ahora como muerta en ese lugar árido, y anima la vegetacion de aquel, por siglos enteros, desierto. Quien lo vió hace treinta años, imposible es que hoy lo conozca, y más imposible que no deje de bendecir la memoria del autor de tantos bienes, el ilustre eclesiástico que ha renovado en esta época de desconfianza é incredulidad, las maravillas del celo apostólico y desinteresado de los primeros misioneros de nuestro país (1).” Para completar este cuadro debe recordarse, que ese sitio ha sido el asilo de muchos pobres necesitados, que en él han encontrado abundantes socorros: que en la casa de ejercicios establecida al lado del templo, destinada para mujeres pobres, han hallado la salvacion multitud de almas de esta clase abandonada de la sociedad, recibiendo un gran número además del pasto espiritual, el alimento corporal en las muchas y repetidas tandas que en ese local se han dado, segun lo establecido por S. Ignacio; que en fin, en las epidemias, con especialidad en las dos mortíferas del *Cólera-morbo* de 1833 y 1850, y en las inundaciones que en esa localidad se han padecido, los auxilios prestados por el capellan del Santuario, no han sido inferiores en su clase á los que los antiguos Jesuitas acostumbraban dispensar en semejantes calamidades y de que se hace mencion no solamente en la historia que continuamos, sino en otros escritos de la época (2).”

Los dos monasterios de religiosas recoletas de México, célebres por su observancia: el de las pobres Capuchinas de S. Felipe de Jesus y del Salvador ó Sta. Brígida de la reforma, de la V. D^a Marina de Escobar, fueron puestos bajo la direccion, el primero del P. Francisco Mendizabal y del P. Lyon, como confesores ordinarios, desde su regreso de Durango á esta capital, y el segundo por espacio de más de veinte años bajo la del P. Arrillaga. Además, el P. Lorenzo Lizarraga muerto el año de 1847, sirvió la capellanía del monasterio de Sta. Inés, el capellan de los Angeles la del de la Concepcion, y el P. Ignacio M^a de la Plaza la de confesonario del de Jesus María, sujetos los tres al ordinario. Este último Padre fué natural de México: nació á 20 de Septiembre de 1756, tomó la sotana á 2 de Junio de 1816, cuando el restablecimiento, é hizo la profesion solemne de cuarto voto, á 8 de Diciembre de 1819: desde niño puede decirse, que fué Jesuita, sinó en el traje y profesion, sí en sus severas y arregladas costumbres y su amor á la Compañía: fué maestro de aposentos del seminario de S. Ildefonso en el Colegio menor de gramáticos y filósofos por espacio de muchos años, dejando fama de

[1] “El Espectador de México,” tom. 2^o, art^o: “Rasgo de la Historia eclesiástica mexicana.”

[2] Entre ellos puede contarse el titulado: “Escudo de armas de México,” escrito por el Presbítero Cabrera.

superior prudente, cuidadoso y muy observante del régimen interior del establecimiento; y despues de entregado este á la Provincia siendo aún novicio, fué su rector y luego vice, cuando la venida del P. Arnaya: se dedicó especialmente al estudio de la Liturgia, en cuya materia era muy respetado su voto: murió á 28 de Octubre de 1838 á la edad de ochenta y dos años: fué generalmente sentido de cuantas personas lo conocieron, y fué sepultado honoríficamente en el panteon de S. Fernando. El P. Lerdo tomó á su cargo la direccion del Colegio de niñas llamado de la Caridad ó de la Visitacion, por nombramiento de la Cofradía del Santísimo, establecida en la catedral; puesto muy honorífico y que desempeñó con general aclamacion hasta su partida á Europa.

El Colegio de Puebla, llamado cuando el extrañamiento, Carolino; tuvo por rectores despues del año de 1821 á los PP. Arrillaga y Corral, y del de Toluca, sin más recomendacion que la de haber estado en el noviciado, lo fué posteriormente el redactor de la “Defensa de la Compañía de Jesus” de que arriba hicimos mencion. El P. Arrillaga dió lecciones de derecho canónico en la Universidad (de la que fué tambien el último rector), y el P. Corral, en el Seminario Conciliar de Puebla, enseñó con aplauso teología polémica y la lengua griega: del idioma latino sirvió una cátedra en el repetido Colegio de Puebla el P. Luis Traslosheros.

Para el obispado vacante de Sonora, fué propuesto en terna por el cabildo metropolitano el P. Mendizabal en 1836, y para el de Michoacan y el arzobispado, cuando se hallaron en igual caso por la muerte de sus prelados, fué propuesto el P. Arrillaga, quien desempeñó tambien por algunos años hasta el de 1853, el honorífico y delicado empleo de defensor de capellanías y obras pías; y ha sido constantemente el consultor general en los negocios más árduos y espinosos de esta y otras mitras. El P. Lyon mereció tambien la honra de ser propuesto por el gobierno para la de México, encargándose con mucha eficacia en una carta á nuestro ministro en Roma, por el del General Santa Ana, que trabajase ante Su Santidad por que se le nombrara Obispo *in partibus*; habiendo sido la primera propuesta muy aplaudida por la prensa periódica de México, sin excepcion de colores políticos.

Para los puestos de eleccion popular no se ha contado ménos con los Jesuitas dispersos. Ya se ha visto que el P. Arrillaga por dos veces ocupó lugar en el Senado: el P. Corral fué tambien nombrado en 1845 Senador, comision que renunció: otro de los Padres fué diputado para el congreso de Puebla; y los dos primeros han pertenecido á diversas corporaciones políticas, asambleas y otros semejantes cuerpos por nombramiento de juntas electorales, ó de los Supremos Gobiernos del país.

Los modernos individuos de la restablecida Provincia no han sido enteramente desconocidos en Europa ni en las Américas. En 1825 uno de los primeros novicios de 1816 pasó á Roma á reunirse á su comunidad, siendo cordialmente recibido en su tránsito por los Estados Unidos, Francia é Italia, por los Jesuitas de esas naciones que tuvieron el gusto de ver un mexicano: en la Santa ciudad logró igual bondadosa acogida del P. General y de sus Asistentes: allí se dedicó á los ministerios sacerdotales, y fué el apoderado más eficaz de todos los negocios de sus paisanos: hizo la profesion solemne de cuarto voto y algunos años despues se trasladó á Buenos Aires, donde en muchos lugares hizo fructuosas misiones, y de Valparaiso volvió á México por Acapulco en 1854. Otro Jesuita, el P. Luis Traslosheros, poblano, que habia tomado la sotana en México á 25 de Enero de 1820, siguió sus pasos y llegado á Roma á proseguir su noviciado en el de S. Andrés, murió edificadamente á los pocos meses de su llegada en 1829, con sentimiento de aquella comunidad. Ultimamente la Italia y España, tuvieron ocasion de conocer muy á fondo á uno de los principales sugetos de la Provincia, el P. Ignacio María Lerdo, que como español habia sido expulsado de la República por la ominosa ley de expulsion del año de 1829; ley que privó á los mexicanos por el más depravado espíritu de partido, no solo de muchos millones de pesos y multitud de familias, que pasaron con sus capitales á Francia y á la península Española, sino de no pocos sugetos sumamente apreciables por sus virtudes y literatura. El concepto que la Compañía de Jesus hizo en Europa de este ilustre sacerdote, que despues de muchos años vino á morir á la Provincia, lo manifestaremos en su respectivo lugar.

Para concluir con esta breve relacion de los servicios, méritos y consideracion que se adquirieron los Jesuitas mexicanos despues de su dispersion en 1821, y que á proporcion del poco tiempo de su existencia y corto número de sacerdotes, pues solo de ellos hemos hablado, puede llamarse "Gloria Póstuma de la provincia mexicana," terminaremos con la noticia de los dos últimos Jesuitas antiguos que fallecieron en esta capital, sobreviviendo algunos años á su supresion; los PP. José Ignacio Arnaya, y el último Provincial y restaurador de la provincia, P. Pedro Canton.

Pero antes, la justicia, la gratitud y el decoro mismo de esta continuacion, exige que conservemos á la posteridad la respetable memoria del Illmo. Sr. Marqués de Castañiza, Obispo de Durango, por tantos títulos uno de los bienhechores más insignes, ó el primero de ellos, en la restablecida Provincia, habiéndola diferido hasta ahora por no interrumpir la narracion de los servicios póstumos de los Jesuitas mexicanos restablecidos.

El Sr. Dr. D. Juan Francisco de Castañiza, marqués del mismo título: nació en México á 4 de Octubre de 1750, de padres distin-

guidos por su nobleza, no ménos que por su piedad y beneficencia, pues lo fueron D. Juan de Castañiza, natural de Vizcaya, que por sus recomendables circunstancias y relevantes servicios hechos á la ciudad de México, mereció ser condecorado con título de Castilla; y D.^a Mariana Gonzalez de Agüero, natural de la de Querétaro. Despues de haber estudiado la gramática latina en establecimiento privado, hízolo del curso de artes, como externo en el Colegio más antiguo de S. Pedro, S. Pablo y S. Ildefonso, en que luego entró, y en el que despues obtuvo beca real de honor. En él continuó sus estudios con la mayor aplicacion, lustre y aprovechamiento, á satisfaccion de sus maestros y superiores, mereciendo por tanto, ser nombrado para los actos de estatuto y otras funciones que desempeñó con lucimiento, así como las que eran previas á la recepcion de los grados de licenciado y doctor en sagrada teología que recibió en la Universidad. Apenas habia concluido su pasantía, cuando fué presidente de academias de filosofia y teología, y como en este tiempo se temiese por la subsistencia del Colegio, á causa del decadente estado á que habian llegado sus fondos, prestóse á desempeñar su mayordomía sin estipendio ni retribucion alguna, y antes bien poniendo de su bolsa cantidades no pequeñas, hasta que logró dejar sus rentas en floreciente estado. Estas funciones de ecónomo no interrumpieron su carrera literaria, en la cual regentó las cátedras de latinidad y filosofia, ni la eclesiástica, cuyos órdenes recibió hasta el sagrado de presbítero, recibido el cual se constituyó capellan celoso y gratuito del Colegio de Indias caciques de Ntra. Señora de Guadalupe, que estaba situado al Oriente del actual templo de Ntra. Señora de Loreto, gastando en lo material y formal de aquel, considerables sumas de su caudal; y siendo su constante protector, obtuvo despues elevarle á convento de enseñanza, y es el que por la ruina que en su edificio causó la atraccion del peso del ya citado de Loreto, se trasladó á una parte del que fué de los exclaustros Betlemitas donde ahora existe. Desde 1807 fué nombrado rector de su Colegio de S. Ildefonso, y lo fué varias veces de la Universidad. Desempeñó con acierto las comisiones de examinador sinodal del Arzobispado, comisario de corte y calificador del santo oficio; distinguiéndole el rey Fernando VII con los honores de inquisidor, y presentándole despues para la mitra de Durango.—Sorprendióle esta eleccion, porque de su parte no habia precedido la más remota insinuacion para obtenerla, y hubiera desde luego renunciado la alta dignidad á que se le elevaba, para no separarse de sus inditas y de su Colegio, que hacian las delicias y formaban la ocupacion de su tranquila y sosegada vida, si sus amigos y allegados no se hubieran esforzado en disuadirle de tal intento, presentándole varias razones y entre ellas la de que cuando el Supremo gobierno se acordaba de los naturales del país para co-

locarlos en los primeros empleos, no estaba bien á estos el esquivarlos y desecharlos. Restituida la Compañía de Jesus en los dominios españoles por el rey Fernando VII en 1816, tuvo lugar la entrega del Colegio de S. Ildefonso en 19 de Mayo del mismo á los Padres de la Compañía con la solemnidad y júbilo que quizá no ha visto vez alguna aquel establecimiento, y para que fuese más colmado el del Sr. Castañiza, tan afecto así como toda su casa á aquel Instituto, entrególe en manos de su hermano el P. José M^a Castañiza, Provincial de la Compañía, el cual quiso que el Señor Obispo continuara gobernándole hasta su marcha á Durango, que se verificó el 4 de Noviembre, despues de haber sido consagrado por el arzobispo de México D. Pedro Fonte, en la Casa Profesa de los Padres del Oratorio, y de haber tenido la satisfaccion de consagrar el templo de Ntra. Señora de Loreto, monumento de la piedad y munificencia del Sr. D. Antonio de Bassoco y de su esposa D^a M^a Teresa de Castañiza, hermana suya. Hizo su entrada en la capital de su diócesis de la cual habia ya anteriormente tomado posesion por medio de apoderado, el 16 de Diciembre de 1816. Desde luego experimentó los benéficos resultados del celo de su nuevo obispo aquel seminario conciliar, en el que colocó á los buenos estudiantes que del de S. Ildefonso habia llevado consigo: puso á su cabeza al aventajado teólogo y excelente humanista, Dr. D. José M^a Guzmán, encargándole al mismo tiempo una de las cátedras de teología, y allí fueron colocados el Dr. Mauriño, los licenciados Avila, Barraza, Garcia Serralde y los Padres Zubiría, despues obispo de aquella diócesis, y Alva por cuyo medio recibió impulso y notable mejora aquel seminario que tanto ha debido influir en la del clero del obispado, no ménos que en el adelantamiento de los diversos ramos de instruccion que se cultivan.—Acibararon el ánimo naturalmente pacífico del Señor Castañiza, las desagradables contestaciones que desde su entrada al obispado tuvo con el comandante general Bonavia sobre precedencia y diferencias en el uso del vicepatronato régio, provision de beneficios eclesiásticos y canongía doctoral y nominacion del asistente real, á cuyos puntos se daba mucha importancia en aquellos tiempos normales y pacíficos para la Iglesia, cooperando tambien á ello el caracter ó ideas de su Secretario el Lic. Avila. Cupiéronle las dificultades circunstancias del asedio y toma de Durango por el General del ejército tigarante D. Pedro Celestino Negrete, las que acertó á superar con acierto é inteligencia, conciliando sus deberes del modo que se vió en un impreso publicado entonces. Fué nombrado diputado por Durango para el Congreso constituyente, disuelto el cual por el emperador Iturbide, mereció á este la distincion de que le nombrara, quizá por la alta dignidad de que se hallaba investido y por haberse mostrado inferior á los acalorados partidos de aquel

cuerpo, para presidente del que le sustituyó con el nombre de junta constituyente, y disuelta á su vez esta se restituyó á su obispado, donde con sentimiento de toda su grey, que siempre reconoció en su pastor el varon franco y desinteresado que nada poseyó para sí, y siempre vivió sin dinero á pesar de sus cuantiosos bienes patrimoniales y considerable cuarta episcopal, falleció en 28 de Octubre de 1825 de la hemorragia que hacia tiempo padecia. De sus bienes libres legó una cuantiosa suma para el seminario de Durango, otra para el convento de la Nueva Enseñanza, de que hemos hablado, y para otros objetos piadosos que no han tenido efecto. De los ricos pontificales y vasos sagrados y preciosas alhajas de su capilla, disfruta la catedral de Durango, á la cual legó la parte de su cuantiosa librería que allí tenia y existe hoy en aquel seminario, así como á S. Ildefonso la que aquí habia quedado. Para este dejó una fundacion de \$4.000, que sirviese de aumentar con su rédito la dotacion de la cátedra de teología dogmática, cuyo establecimiento habia procurado; otra de \$1.000 para hacer con su rédito los gastos de los actos mayores de los cursantes de teología que disfrutaban becas de las fundadas por el Sr. Villar, y otra de igual cantidad cuyo rédito sirva para premiar á los pasantes de teología.—Si bien escribió bastantes producciones que se hayan dado á la prensa, solo conocemos una oda sáfico-adónica premiada en el certámen que abrió la Universidad de México, la que se imprimió en 1791.—Relacion del restablecimiento de la sagrada Compañía de Jesus en el reino de Nueva España, y de la entrega á sus religiosos del real seminario de S. Ildefonso de México, impresa por Ontiveros, 1816.—Carta pastoral á sus diocesanos en su ingreso al obispado de Durango, sobre la fidelidad en el tiempo de las revoluciones y continuacion en su tranquilidad, impresa en México, 1816.

Del P. José Ignacio Arnaya tenemos las pocas noticias siguientes: fué natural de la ciudad de Zacatecas, donde vió la luz primera el 14 de Abril de 1747: á los diez y ocho años de edad, el 21 de Febrero de 1765 vistió la sotana en el noviciado de Tepotzotlán, en el que hizo los votos del bienio en igual fecha de 1767, cuatro meses solos antes del extrañamiento: en edad tan temprana salió con los demás Padres y jóvenes, desterrado para Italia, sufriendo todas las penalidades de la larga navegacion y ásperos caminos como los demás; pero siempre con la mayor constancia en su vocacion. En Bolonia fué destinado á la casa de estudios del Herculano, donde cursaba segundo año de teología en 1770, como consta del catálogo de ese trienio: en 1773 ordenado ya de sacerdote, fué reducido al estado de clérigo secular por el Breve de extincion; y pasados todavia algunos años se trasladó á Roma, donde se dedicó al confesionario en la antigua Casa Profesa, llamada *El Jesus*, con tal asidui-

dad, que de ella hizo particular mención el P. Diosdado Caballero en su "Gloria Póstuma:" además tuvo á su cargo de orden del Vicegerente de la Santa ciudad la dirección de un convento de religiosas, que entendemos fué el célebre de Santa Inés Virgen y Mártir. Restablecida parcialmente la Compañía en 30 de Julio de 1804 por el Sr. Pio VII, se trasladó á Nápoles á incorporarse á su orden, en cuya ciudad permaneció en compañía del famoso P. José Pignatelli, hasta 1806 en que ese Colegio fué destruido por Napoleon, lo que le obligó á volver á Roma, donde asistió á la solemne función del restablecimiento en 7 de Agosto de 1814, haciendo su profesión solemne á 1º de Enero del siguiente año. En 1817 regresó á México en unión del P. Pedro Márquez, como ya se dijo en su lugar, siendo nombrado rector del seminario de S. Ildefonso, cuyo empleo desempeñó hasta la dispersión de 1821. Secularizado por la tercera vez, se unió al P. Canton, con quien pasó á vivir al hospital de S. Pedro, y allí permaneció ocupado en los ministerios sacerdotales, especialmente el confesonario de religiosas, para el que tenía, según se dice, particular gracia y acierto, hasta su muerte ocurrida por una grave y repentina enfermedad, por el año de 1832 ó principios de 1833, teniendo de edad ochenta y cinco años. Su cadáver fué sepultado en el templo de la Santísima Trinidad perteneciente al susodicho hospital.

El R. P. Pedro Canton nació en la ciudad de Guadalajara, capital del Departamento de Jalisco, de una familia muy decente, así por la línea paterna, como por la materna de los Ubiarcos, á 19 de Febrero de 1745. En esta ciudad hizo sus estudios en el Colegio de S. Juan, antiguo seminario de los Jesuitas, donde se distinguió, no solo por sus talentos y aplicación, sino por lo columbino de su carácter, que conservó hasta su ancianidad más avanzada, siendo esto tanto más notable, cuanto que nada perdió de él, ni por su viaje á Europa, ni por su mucha dedicación al confesonario. Apenas cumplidos diez y seis años, solicitó entrar en la Compañía de Jesús, y admitido en ella por el P. Provincial, que en la actualidad se hallaba de visita en aquel Colegio, pasó á México, y en seguida al noviciado de Tepetzotlán, donde tomó la sotana á 15 de Julio de 1761, distinguiéndose desde entonces por su humildad, obediencia y un constante ejercicio de paciencia y conformidad con la voluntad siempre adorable de Dios, que parece fué prelude de las gravísimas tribulaciones que se le aguardaban durante su larga vida. Por lo que respecta á su obediencia, esta virtud fué en él tan de Jesuita, que habiéndole prevenido su padre cuando lo mandó á México, que no entrara al portal, aún siendo ya hombre anciano, siempre rodeaba por no pasar por él; y como en la cuaresma de 1820, los Jesuitas hiciesen allí misiones, según la antigua práctica de la Provincia, y

tuviese que asistir como superior, decía con gracia y la mayor sinceridad: "¿quién me había de decir que sin desobedecer á mi padre había de pasear de viejo el portal?" Deportado á Italia en 1767 con sus demás hermanos, concluyó su teología en el palacio Herculano, á extramuros de la ciudad de Bolonia, donde se había puesto la casa de estudios, con tal aprovechamiento, que después de la supresión de la Orden recibió el grado de Doctor en esa Universidad á instancias de sus amigos, grado literario de que nunca hizo mérito por su humildad, y aún se mortificó demasiado cuando por una casualidad llegó á saberse entre los modernos Jesuitas. Abolida la Compañía en 1773, se retiró á Roma, acompañado del P. José M^a de Castañiza, de quien fué inseparable compañero hasta la muerte. En esa capital del mundo cristiano, se hizo distinguir por su devoción á la Sagrada Eucaristía, de que con dificultad se separaba, asistiendo toda la mañana á cuantas misas le era posible, por la suavidad de su trato, por la regularidad de sus costumbres, y sobre todo, por el celo de la salvación de las almas, especialmente de las de los niños, de los que desde recién ordenado de sacerdote fué perpetuo é incansable confesor. Pasó á Cádiz á fines del siglo pasado, donde así como su amado compañero el P. Castañiza, asistió con su valor apostólico á los apesados de la fiebre amarilla en 1800. De vuelta á su patria en 1809, se hizo de los corazones de todos por sus virtudes, y continuando sus mismos ejercicios, era el confesor general de los niños en la iglesia del hospital de Jesús Nazareno de México y en el convento de la Enseñanza, en que confesaba casi á todos los colegiales. Restablecida la Compañía de Jesús en 1816, al momento voló á incorporarse en el seno de su amantísima madre; hizo la profesión solemne de cuatro votos el 15 de Agosto del mismo año; y después de la muerte del P. José M^a de Castañiza, golpe que sufrió con la mayor conformidad con la voluntad de Dios, fué nombrado Provincial por el P. General, cargo que desempeñó desde fines del mismo año de 1816, hasta el 22 de Enero de 1821, en cuya noche se le intimó por el intendente de la ciudad el decreto de la destrucción de la Provincia, de 6 de Septiembre del año anterior, que á otro día había de publicarse por bando. En tan tristes circunstancias se conoció toda la virtud del P. Pedro Canton, y la obediencia que los Jesuitas han profesado siempre á las autoridades. El humilde anciano, que desde algunos días antes había oficiado al Virey y al Arzobispo, manifestándoles su sumisión á las órdenes de la Corte, recibió la insinuación con semblante sereno, ocultando todo lo que en aquel acto sufría su corazón, entregó al comisionado las dos cartas que le pedía para los Padres de Puebla y Durango, para que se remitieran por extraordinario, y solo una lágrima se escapó de sus ojos al dar una

mirada á su comunidad reunida que habia acompañado hasta la puerta de la calle al intendente. ¡Doloroso y último adios que daba á sus amados hijos, que veia juntos por la postrera vez! Al dia siguiente 23 de Enero, fué quien primeramente salió del Colegio de S. Pedro y S. Pablo, en medio de las lágrimas y clamores del pueblo, que noticioso de lo que pasaba, habia ocurrido áun siendo la madrugada, á cerciorarse de la verdad. Lejos de quejarse ó de manifestar de cualquier otro modo su profundo pesar, procuró tranquilizarlos á todos, inculcarles el respeto que se debe á los que nos gobiernan; y seguido de la muchedumbre llegó al hospicio de S. Nicolás, donde le ofreció hospitalidad el superior de los misioneros agustinos descalzos de las Filipinas. Allí permaneció por algunos dias, hasta que un nuevo decreto de las Cortes destruyó tambien aquel instituto. Entonces el P. Canton, en compañía del P. Ignacio Arnaya, se retiró al hospital de S. Pedro, donde permaneció hasta su muerte, habiendo sido probado hasta el fin, con la pérdida de su amado compañero, que era de ménos edad, y que falleció casi repentinamente. El P. Canton fué durante aquellos doce años que sobrevivió á la segunda destruccion de su órden, en México, lo que habia sido siempre, y con mucha especialidad desde su regreso de Roma. Antes del restablecimiento de la Compañía habia sido su confesonario frecuentado casi únicamente por los niños de ambos sexos; despues de Provincial habia proseguido en el mismo ministerio en la iglesia de Loreto y en lo interior del Colegio de S. Pedro y S. Pablo: reducido posteriormente á la clase de clérigo secular, el templo de la Santísima se vió siempre lleno de niños que lo buscaban para confesarse; y era tal el amor que le profesaban, que siempre andaba rodeado de ellos en las calles, de manera, que á todo el que encontraba se le representaba vivamente en aquel venerable anciano la imagen viva de S. José de Calazans. Pero con razon fué tan grato á la tierna edad, porque verdaderamente el P. Canton era un ángel, y todas sus acciones, todas sus palabras, y áun sus mismas miradas manifestaban la candidez, la inocencia y simplicidad de un niño. Su humildad era tan profunda, que nunca dijo la menor cosa de que le pudiera redundar alabanza; jamás se supo la brillante carrera de sus estudios, y la lucida funcion literaria que habia tenido para recibir el grado de doctor hasta despues de su muerte, que se encontró el diploma con otros varios documentos de esta clase entre muchos papeles que tenia en una petaca como inútiles é inservibles. Cualquiera que hubiera oido sus preguntas, lo habria juzgado un simple ó ignorante, y con todo, era un sábio moralista, un excelente director de conciencias y muy versado en las Santas Escrituras. Su devocion predilecta era el divino Sacrificio de la Misa: desde su tierna edad y todo el resto de su larga vida tuvo la loable costumbre de

asistir á cuantas podia: el que esto escribe, supo de su misma boca que habia oido muy cerca de medio millon de misas: á proporcion era la devota atencion con que rezaba el oficio divino y otra multitud de oraciones vocales: generalmente traia el rosario en la mano, y recorria sus cuentas en tiernas jaculatorias á Jesus y María. El tiempo que duraron los Jesuitas en comunidad, fué el modelo de los más fervorosos novicios: el primero en todas las observancias regulares, en todas las mortificaciones, en todas las humillaciones y privaciones de la vida religiosa. No pudiendo por su avanzada edad desempeñar sin auxilio ajeno algunos actos religiosos, se apoyaba en algun jóven y así servia la mesa, y besaba los piés á los Padres en el refectorio. Sobre todo, su paciencia y conformidad con la voluntad de Dios fueron admirables; jamás se le oyó la menor expresion ni contra los perseguidores de la Compañía, ni los que la habian tan despóticamente destruido. Si alguno le movia conversacion en el particular, ó no contestaba, ó solo respondia: "Así es como lo quiere Dios;" y si era Jesuita añadia: "Por la cruz se vá al cielo, y no entró en él de otra manera nuestro capitán." En 1821 y 1822, cuando la prensa liberal se desató en improprios contra la Compañía, cuyo restablecimiento se solicitaba por todos los pueblos del Imperio, el P. Canton no quiso, y áun lo mandó expresamente, que ninguno de sus súbditos escribiese en su defensa. Y al sábio P. Sartorio y á otros amigos que la defendian en sus escritos, solia decirles: "Recuerden Vs. cuanto se dijo de Jesucristo, y como á todo calló, siéndole tan facil confundir á sus enemigos: no perdamos el mérito de la paciencia, que algun dia la Compañía recibirá el galardón: á las obras de Dios nadie es capaz de oponerse, y hasta este momento, sin necesidad de humano auxilio, todas han quedado cumplidas." Este fué el P. Canton, digno hijo de S. Ignacio en todas las épocas de su vida, y verdadero modelo de sacerdotes y religiosos. Así llegó á la edad de 88 años, 7 meses y 27 dias, muriendo en el hospital de S. Pedro el 16 de Octubre de 1833. Su última enfermedad fué tan edificante como los demás de sus dias. Atacado de una fiebre pútrida, perdió enteramente la cabeza; pero todo su delirio era hacer actos de contricion, como si se los sugiriese á los niños, con tal fervor, que hacia derramar lágrimas á cuantos le escuchaban. Perdió enteramente el conocimiento áun de los que trataba más familiarmente, y solo reconocia á los que habian sido Jesuitas, á los que respondia por sus nombres, contestando sus preguntas. La venerable congregacion de S. Pedro, lo honró sepultándolo en la bóveda de sus difuntos, y haciéndole en cuerpo la exequias; pero la Providencia lo quiso honrar de una manera más distinguida. Sin que nadie los llamase, asistieron á su entierro en prodigioso número los niños de la capital, y sus clamores y lágrimas interrumpieron

repetidas veces el oficio, y hacian llorar á todos los concurrentes, al ver aquellas muestras del inocente y sincero dolor de los que lamentaban la pérdida de su buen padre. ¡Qué bien puede decirse de este venerable Jesuita y de tantos otros de que hemos hecho memoria y que aún nos faltan que historiar, lo que Mr. Perrin escribia en su viaje al Indostan (pág. 177): ¡“No pueden olvidarse tales hombres, ni dejar de creerse en sus virtudes!”

El cadáver del P. Pedro Canton fué sepultado con el siguiente elogio latino compuesto por el P. Arrillaga y traducido al castellano por el P. Francisco Mendizabal, impreso en vitela en ambos idiomas, y encerrado en un tubo de vidrio, y otros cuatro alternados de hoja de lata y plomo.

Hic iacet—P. Petrus Canton, patria Guadalaxarensis—Qui—Pristinam Societ. Jesu in Mexic. Prov. ingressus—XV Julii MDCCLXI—Et ad instauratam regressus—XIX Maii MDCCCXVI—Quatuor solemnia vota emisit—XV Augusti ejusdem anni,—Et toti demum Provinciae praefuit—Regulari observantia, animarum salutis praecipuo studio, et in Societatem ardentissimo amore, sociorum; morum vero commitate mitissimo ingenio, animi demissione, et in omni fortuna aequanimitate, propularium suorum animos sibi mirifice devinxit.—Societate rursus suppressa, sibi et Christo in Eucharistia delitescenti, (quem unum in deliciis habebat) unice vacavit—Magnum sui desiderium ordinibus unversis,—Clero praesertim,—Reliquit die XVII Octobris ann. MDCCCXXXIII—Ann. natus LXXXVIII mens. VII dies XXVII.

Aquí descansa—El P. Pedro Canton—Natural de Guadalajara—Tomó la sotana de la Compañía de Jesus—En la antigua Provincia Mexicana—Día 15 de Julio de 1761—Volvió á ella despues de su restablecimiento—El 19 de Mayo de 1816—Hizo la solemne profesion de cuatro votos—El dia 15 de Agosto del mismo año—Y desde el 24 de Noviembre inmediato en adelante—Sirvió el cargo de Provincial.

Por su observancia religiosa, y por su celo así de la salvacion de las almas, como del bien y prosperidad de la Compañía, se ganó el amor de todos los hijos de esta su comun Madre. Por la suavidad de su trato, por su humildad profundísima, por su natural mansedumbre, por la igualdad de su ánimo en los sucesos prósperos ó adversos, se hizo dueño de los corazones de todos.

Suprimida de nuevo la Compañía, no habia tiempo que le dejasen libre sus ministerios, que no empleara en el cultivo de su espíritu, y en acompañar á Jesucristo Señor nuestro Sacramentado, que hizo siempre todas sus delicias.

Con sentimiento el más vivo de toda clase de personas,—Pero muy principalmente del Clero,—Falleció el dia 16 de Octubre de 1833,—A los 88 años, 7 meses, 27 dias de edad.

CAPITULO IX.

Restablecimientos parciales de la Provincia Mexicana.

Entre tanto la Compañía de Jesus permaneció dispersa en su Provincia mexicana, limitada á servicios particulares del ministerio eclesiástico y algunos trabajos literarios propios de las circunstancias del país, pero muy apreciada y respetada en sus miembros, de los que á ninguno pudo tacharse en lo más mínimo durante los veinte años trascurridos de su dispersion. En Europa y los Estados Unidos del Norte hacia los más considerables progresos; así es que al principio del año de 1841, segun el prospecto que tenemos á la vista, contaba con cuatro asistencias: la de Italia, la de España, la de Francia y Alemania, con catorce provincias en las que existian doscientos once establecimientos con un total de tres mil quinientos sesenta y cinco individuos entre sacerdotes, estudiantes y coadjutores. Las provincias de España, y la mexicana dispersas, solamente contaban la primera con tres casas y el número de ambas era el de ciento setenta y ocho sugetos ocupados en los oficios sacerdotales. De las otras Américas españolas, solo se sabe que existia una mision particular en Buenos-Aires, que en 23 de Mayo de 1839, habia sido elevada por ley á Colegio, la cual se empleaba con fruto en la enseñanza de la juventud que habia ocurrido en gran número á sus aulas, de lo que se vió una muestra en los exámenes públicos, que por cuatro dias consecutivos de 4 á 8 de Diciembre del mismo año sostuvieron sus alumnos, manifestando una educacion no inferior á la del más afamado Colegio europeo, cuyo acto se publicó por la prensa de México en 1841. Además de ese importantísimo ministerio, otros Jesuitas se repartieron por la república Argentina, donde dieron en varios pueblos fructuosísimas misiones, aumentándose cada dia más con aplauso sus establecimientos, entre otros el de Córdoba de Tucuman y el de la provincia de Cajamarca, cuya Asamblea dió en 13 de Agosto de 1844 un honorífico decreto á su favor. Cierto es que en todas esas naciones en que residian los Jesuitas, ya por autorizacion especial de los gobiernos, y ya tambien en virtud de la tolerancia proclamada en algunas de ellas, sufrían alternativas de amor y ódio, de proteccion y persecucion, de aplausos en su llamamiento y de tropelías en su expulsion; pero tambien es un hecho